

Editorial

El inquietante riesgo de recesión en EE.UU.

Al inicio del 2008, la inquietud respecto a si la economía norteamericana finalmente entrará en recesión en el corto plazo ha ido ganando en intensidad, especialmente luego de que el viernes 4 se publicaran los datos del mercado laboral de diciembre, los cuales mostraron que en el último mes del 2007 se crearon tan sólo 18.000 nuevos puestos de trabajo en la mayor economía del mundo (el nivel más bajo desde agosto del 2003), al tiempo que la tasa de desempleo trepó a 5%, el guarismo más alto en dos años.

Si bien el dato puntual de un mes no necesariamente implica un cambio de tendencia (ya en agosto se había informado inicialmente sobre una contracción en los puestos de trabajo, luego revisada significativamente al mes siguiente para mostrar un saludable crecimiento del empleo), los datos del mercado laboral conocidos sobre fines de la semana pasada generaron gran preocupación entre los economistas e inversores, ya que justamente el vigor del mercado laboral era uno de los pocos puntos fuertes (junto a los sucesivos récords que vienen marcando las exportaciones) que mostraba aún la economía norteamericana.

La situación se ha vuelto a tal punto preocupante, que el lunes 7 el propio presidente George W. Bush, normalmente afecto a mostrar un panorama positivo sobre el desempeño de la economía norteamericana, debió reconocer que "los últimos indicadores económicos han mostrado señales mixtas", que "no se puede tomar como algo seguro que la economía continuará creciendo" y que su gobierno evalúa la posibilidad de un paquete de estímulo al crecimiento, por más que no habría que esperar anuncios inmediatos al respecto.

Básicamente, las preocupaciones respecto a las perspectivas de crecimiento para los próximos meses se ubican en dos grandes áreas.

Por un lado, el impacto potencial que tendrá sobre el consumo la crisis del mercado inmobiliario, que viene siendo mucho más profunda de lo que se había anticipado a comienzos del 2007. La posibilidad de una solución relativamente rápida para este tema aparece cada vez más lejana. Una desvalorización significativa de los precios de las viviendas

podría generar un "efecto riqueza" negativo que golpearía sobre el gasto de consumo, en especial teniendo en cuenta que los ciudadanos norteamericanos ya están teniendo que absorber el impacto de los precios récord de la energía. Además, la profundización durante el segundo semestre del 2007 de la crisis en el mercado financiero que se originó en los créditos hipotecarios "sub-prime" está llevando a una menor disponibilidad de crédito y a un incremento de su costo, lo que potencialmente también puede llevar a una retracción del consumo.

El segundo foco de preocupación se vincula con la acentuación de los problemas del mercado financiero que se han observado sobre fines del año pasado y con el impacto que la menor disponibilidad y el mayor costo del crédito podrían llegar a tener sobre las inversiones de las compañías, en un contexto en el que, además, ya de por sí los empresarios se han vuelto más cautos ante la posibilidad de un menor nivel de consumo. Un eventual "credit crunch" podría provocar una contracción importante del gasto en la inversión y también en el consumo, llevando a una economía que ya en el último trimestre del 2007 mostraba signos claros de desaceleración, directamente a una recesión.

El comportamiento de los inversores al inicio de este año parece haber descontado que una recesión, aunque sea leve, es inevitable en el corto plazo. Así, la bolsa norteamericana tuvo su peor arranque de año desde 1930 (tomando como referencia el índice Standard & Poor's 500); las tasas de interés en el mercado de bonos bajaron a los menores niveles desde el 2004 y el dólar volvió a desvalorizarse frente a las principales monedas (ante la expectativa de que la Reserva Federal —FED— deberá bajar mucho más las tasas de interés para estimular la economía), lo que a su vez impulsó al oro, al petróleo y a varios productos agrícolas a marcar nuevas marcas históricas o subas muy importantes, a pesar de los temores de recesión.

Independientemente de que el PBI de Estados Unidos muestre una contracción por dos trimestres consecutivos para formalmente cumplir con la definición más aceptada de una

recesión, es evidente que al menos durante el primer semestre de este año el nivel de actividad de la mayor economía del planeta estará lejos de la exuberancia mostrada, por ejemplo, en el tercer trimestre del año pasado, cuando marcó un crecimiento de 4,9% en términos anualizados. Esto tendrá también un impacto amortiguador sobre el crecimiento en Europa y en Japón, donde en las últimas semanas los diferentes indicadores económicos y de expectativas de los empresarios y de los consumidores han mostrado, en general, una tendencia de deterioro.

La actual coyuntura económica de las economías desarrolladas al inicio de este año genera dos interrogantes básicas. La primera es si, efectivamente, como la mayoría de los analistas anticipa, en el segundo semestre del 2008 el crecimiento económico en Estados Unidos se recupera, permitiendo a la vez una aceleración del crecimiento en el resto del mundo. La segunda es qué impacto potencial puede tener la desaceleración del crecimiento en el mundo desarrollado al menos en la primera mitad de este año, sobre las perspectivas de las economías emergentes en general y de las más grandes (China e India) en particular, ya que entre otras cosas ello tendrá una influencia determinante sobre los precios de las materias primas.

Si bien por ahora lo más probable sigue siendo que se mantenga un escenario externo básicamente favorable para la región y para Uruguay, caracterizado por un relativo alto crecimiento de la economía mundial (sustentado especialmente por las economías emergentes), bajos niveles históricos de tasas de interés, tendencia a la desvalorización del dólar en los mercados internacionales y altos precios de las materias primas, parece evidente que la incertidumbre y los riesgos respecto a que ello efectivamente ocurra han aumentado notoriamente en las últimas semanas. En función de lo cual sería deseable que el gobierno aplicara una mayor dosis de prudencia en el manejo de la política económica, con mayores restricciones fiscales y en la política salarial, así como una política monetaria algo más laxa que ayude a evitar una nueva apreciación demasiado significativa de la moneda local.

por Tomás Linn

Columna

El "muro de yerba" que alarma a un rector

En muchos países del mundo, el acto de colación de grados, al recibirse los nuevos licenciados o los que han hecho su maestría o doctorado, es una ceremonia universitaria y académica de justificada solemnidad, donde la institución aprovecha para decirle algo de valor a la sociedad. Por lo general, eso lo hace una personalidad del país, invitada como orador central de la celebración. En otras ocasiones, ese rol lo cumple el propio rector.

Algo de esto ocurrió a fines de diciembre pasado, cuando en la ceremonia realizada por la Universidad ORT, su rector, el ingeniero Jorge Grünberg, al dirigirse a los jóvenes recién egresados, también transmitió al país su preocupación sobre la marcha negativa de algunas cosas. Con claridad y hasta con coraje, hizo advertencias que el país debería tomar en cuenta. No habló de política, sino de un malestar que afecta a la sociedad en su conjunto. No habló desde la política, sino como un rector universitario por fuera de todo embanderamiento partidario y que mira preocupado los pasos que, debiendo darlos, el país rehúye. No habló a los políticos, aunque ellos estaban incluidos, sino a la sociedad y en especial a los dirigentes de todas las actividades: políticas, sociales, culturales, empresariales, económicas.

Su reflexión básica puede resumirse en pocas palabras. Grünberg vislumbra una sociedad dividida entre una mi-

noría que quiere construir un futuro para Uruguay "mirando al resto del mundo" y una mayoría que incluye al "líderazgo político, cultural y universitario", que viven "atrincherados" detrás de un "muro de yerba" en el que "no hace falta enseñar inglés, las horas de trabajo se pueden reducir sin necesidad de aumentar la productividad, Internet puede ser un monopolio caro y lento" y se gasta dinero en formar profesionales que luego encuentran trabajo afuera.

El diagnóstico no podía ser más certero y refleja una preocupación que se extiende en algunos sectores de la sociedad, que ven con alarma que si bien los indicadores económicos parecen positivos, una suerte de "chatura" está tomando posesión del estado de ánimo de la gente, acompasado por un gobierno que se dirige a cuestiones de momento, pero que muestra escasa visión de futuro y ausencia de una actitud enérgica para afrontar desafíos (y vaya si los hay). Este clima contagia al país de una generalizada mediocridad, que no sólo abarca al sector público sino varias actividades privadas, incluida la enseñanza media y superior. Es un clima asfixiante, que impide que el país supere "el muro verde de yerba" (según la imagen del rector) para otorgar dinámica y creatividad, a partir de la excelencia y el rigor, a sus

instituciones y empresas.

Grünberg hace una reflexión que asusta al recordar un episodio de hace pocos años, que sacudió traumáticamente a la sociedad, como lo fue la crisis de 2002. Mucha gente cerró empresas, dejó personal en la calle o, por el contrario, rebajó sueldos para evitar despidos y a la vez poder sobrevivir. El vendaval se llevó mucha cosa y fue el común de la gente y la actividad privada que pagaron el mayor precio en una crisis que arrasó a todos por igual. El funcionario público, pese a que también sufrió el temporal, no conoció despidos y tuvo sus ajustes salariales tal cual lo preveían los convenios.

Ante esa realidad, el rector de la Universidad ORT dijo con preocupación: "El esfuerzo y sacrificio que la sociedad hizo para superar la crisis de 2002 tuvo como objetivo volver a un modelo confortablemente conocido que es en realidad aquel del cual partimos hacia la propia crisis: preservar y volver a lo de antes". En otras palabras, al no superar el desafío y quedar en el trillo ya conocido, Uruguay establece las condiciones perfectas para que cuando venga otro ciclo crítico como el de 2002, lo sufra de igual o peor manera. No tomó nuevos caminos, no tuvo inventiva ni creatividad, no adoptó políticas alternativas para evitar la trampa ni

previó resguardos para estar mejor parado cuando el ciclo regresó.

"Nuestra vulnerabilidad frente a las crisis (o cambios de humor) de nuestros vecinos no ha disminuido", dijo Grünberg, "nuestros socios comerciales son los mismos, el perfil de las inversiones que recibimos (y que buscamos) no ha cambiado, la emigración no ha bajado (...) y se van las personas de mayor formación". En otras palabras, pese a la bonanza económica, el terreno es el mismo que llevó a la crisis de 2002. Su sacudón no dejó enseñanzas que permitan tomar caminos preventivos que eviten otra caída en el abismo.

Ello ocurre, según lo dicho por el rector, a causa del "cambiofobismo", una conducta "mayoritaria que atraviesa transversalmente" a toda la sociedad.

Para Grünberg, se produjo en el mundo un cambio de paradigma económico que le daría a Uruguay una oportunidad única si la aprovechara: la llamada "economía creativa". Ejemplos de ello son la industria del software y la producción audiovisual.

Habría que agregar que estas nuevas actividades no excluyen la industria tradicional sino que la complementan y hasta se construyen sobre lo que ella deja. El formidable desarrollo que tuvo la sofisticada telefonía celular en Finlandia nace de la actividad

forestal y la industria papeleira. Con las ganancias que éstas generaron, se acumuló capital para poner en marcha el negocio de los celulares con sofisticada tecnología, donde Finlandia tiene una innegable presencia.

Si el funcionamiento de las plantas de celulosa en Uruguay, además de abrir espacio para una nueva actividad productiva, dinamizara actividades creativas y reutilizables como ocurrió en Finlandia, cuán satisfecho se podría sentir el país. Pero si el perfil "cambiofóbico" que describe Grünberg se mantiene, quizá estemos ante otra oportunidad perdida.

En el Reino Unido, consecuencia de esa "economía creativa", la producción audiovisual, musical (clásica y popular) y todo lo que gira en torno al negocio del espectáculo es considerado su segunda actividad económica. Lo curioso es que está ubicada entre dos actividades muy "duras". La primera es la extracción de petróleo del mar del Norte y la tercera es la industria metalúrgica. Éstas se complementan con la economía creativa y la estimulan a convertirse en un generador de riqueza, de trabajo y de satisfacción personal para mucha gente, así como de inventiva permanente.

Pero para eso, como dice el rector de la mencionada universidad, debe cambiar una realidad preocupante y

es que el sistema educativo en Uruguay "no reconoce ni cultiva el talento".

El pronóstico es sombrío y la solución que ofrece Grünberg parece fácil. Hay una economía creativa en marcha en otros lugares del mundo que ofrecen posibilidades que se adaptarían bien a Uruguay. Hay ejemplos claros de cómo ella funciona y de cómo ha sido una salida perfecta para lugares que se habían estancado (basta pensar en la situación del Reino Unido a comienzos de los '70) o países que venían rezagados: en los '80 era impensable que Finlandia gozara de la situación en que está hoy.

Si Uruguay quiere dar ese paso, tiene que sortear el muro verde de yerba que le impide ver hacia adelante. En el país de "los nabos de siempre" predomina una cultura que goza con la autoflagelación y se autocastiga sin piedad. Se queja de la pobreza, pero no hace nada para salir de ella, habiendo oportunidades como las planteadas.

Eso asusta, porque el drama de Uruguay está en su gente. En una dirigencia que no mira al futuro y prefiere repetir sus viejas fórmulas, que demostraron no servir. La mayoría de una población que se acostumbró a esta chatura y sedada como está, resolvió que prefiere lo malo pero conocido, aunque se hunda en el lodo, que lo bueno por conocer, aunque ofrezca valiosos desafíos a afrontar. Esa decisión, si no se revierte con urgencia, condenará al país a su peor destino.